

DELFINA DESPERGNAT, O LA VIRTUD ULTRAJADA

(Novela inédita del Marqués de Sade)



1.—¡Cuántas veces la Fortuna se venga de sus propios desdichas eligiendo para ella a las más virtuosas criaturas, quienes sufren en sus suaves carnicetas, nacidas para los tiernos placeres de las caricias conyugales, las afrentas y humillaciones que merecieron quizá sus padres o educadores!



2.—Delfina Despergnat vivía feliz, ignorante de la maldad del prójimo en general, en el castillo de su tía Ignacia. Allí sufrió por vez primera el martirio de las flagelaciones en manos de un criado que desató así su rabia contra ella, porque, inocente y pura, relató a su tía, con mil ademanes y delicados gestos, lo que había hecho la noche anterior con el tal criado.



3.—Arrojados del castillo, Delfina y el criado se dirigieron a París, donde instalaron una churrería. Delfina, cansada de probar con el dedo si el aceite estaba caliente, huyó un día en busca de la paz de un convento. No pudo llegar a tan santo lugar, porque en el camino se le interpusieron unos malvados. «¿Dónde vas Caperucita Roja?» —fue lo último que pudo oír Delfina antes de perder el sentido.



4.—Aquella fue la única vez que mintió Delfina en su vida. ¡Bien caro lo pagó más tarde! «Soy Jane Fonda» —murmuró antes de caer desfallecida, víctima de los ultrajes a que fue sometida su inocencia por unos desertores americanos que la confundieron con la señora viuda de Kennedy—. ¿Por qué el destino no se avergüenza de su criminal conducta? ¿Por qué es tan injusto a la hora de clavar sus arpones?



5.—Mientras yo sufro las afrentas de estos sádicos (1) que me han engañado diciéndome que conocían un atajo para llegar antes a casa de mi abuelita, ella, la ex presidenta, cruza ahora con su yate las azules aguas del mar Egeo». Pensaba Delfina, que acababa de leer «Hola», mientras unas almas caritativas la recogían del arroyo donde había sido flagelada, hollada y abandonada por los desertores.

(1) Llamados así en homenaje al autor de este relato.



6.—En aquella bondadosa casa gozó Delfina de los únicos días felices de su azarosa vida. El barón de Rasmignol, anciano decrepito y artrítico, apenas la lastimaba cuando la golpeaba con su bastón de duro nogal alsaciano. Delfina, agradecida del buen trato recibido, prodigó al anciano barón toda clase de caricias, que le condujeron a una rápida muerte por agotamiento.



7.—Huérfana de padre, de madre y de barón, Delfina se dedicó durante meses a la producción de sollozos que vendía a Corin Tellado por unos miserables «sous». Con tan menguados ingresos apenas podía vivir la infeliz y mucho menos ahora que albergaba en su seno una criaturita fruto de sus amores con el duro nogal alsaciano del barón de Rasmignol.



8.—«Yo sabré alejarte, hija mía, de los sádicos que han destruido mi vida. Tú no vivirás la vida del infortunado que yo he vivido» —decía Delfina, con bastante frecuencia, a su hijita recién nacida—. ¡Qué alejados estaban, sin embargo, sus propósitos de los propositos de los hados! Un día, inesperadamente, se presentó el embajador del Imperio Austrohúngaro. «Delfina —dijo el embajador— necesito de usted y de su hija para una orgía...»
—¡Jamás! —quiso gritar Delfina, pero no pudo. Aquel hombre era... (Continuará)



FIN DEL
CAP. I